

MANOLETE SEGÚN UNA OBRA FRANCESA DE CAÑABATE

Valentín Azcune
Investigador

RESUMEN

Una de las obras más interesantes y menos conocidas de Antonio Díaz-Cañabate es *Le monde magique des toreros*, libro que, curiosamente, no se publicó en español, sino en francés, por Flammarion éditeur, el año 1955, y del que incluso en tesis doctorales dedicadas a su autor sólo se menciona el título*. Está dividido en cuatro capítulos, de desigual extensión, dedicados cada uno de ellos a un maestro de la tauromaquia. A saber: Juan Belmonte, Domingo Ortega, Manuel Rodríguez (Manolete) y Luis Miguel Dominguín. Cañabate comenta, con su característico y brillante estilo, la

vida y andanzas de cada uno de los citados diestros.

Atendiendo a que Cañabate en sus libros en español apenas habló de Manolete, y que muchas de las opiniones e historias que cuenta en esta obra son poco conocidas pero muy interesantes, haremos, dividido en tres capítulos, un breve resumen y comentario de lo más destacado que en él hayamos encontrado. La traducción de los textos entrecomillados es nuestra, y nos anticipamos a pedir perdón por los posibles deslices en que hayamos incurrido.

* Por ejemplo, Juan Gil González, *La crítica periodística de Antonio Díaz-Cañabate*, Sevilla, 2006, en la que, aunque parezca extraño en una Tesis dedicada a la obra taurina de Cañabate, no se estudia la obra que nos ocupa. Quizás, sobre *Le monde magique...* pese, a pesar de su interés, el cada vez más absorbente monopolio lingüístico del inglés, que está arrinconando a todas las demás lenguas. Por supuesto, Cañabate escribió la obra en español, y fue traducida al francés por Jean Darcourt. También hay versión inglesa, pero no española.

I PARTE: LINARES

Cañabate no presencié el festejo del 28 de agosto, en que murió el Califa cordobés, pero sí fue testigo de las últimas horas de Manuel en el hospital de Linares. En esa noche de agosto se dirigía, en compañía de Domingo Ortega y de la cuadrilla de éste, a Linares, donde el día 29 debía actuar el diestro de Borox. Las primeras noticias de la cornada les llegaron cuando estaban cenando en una venta de Manzanares:

El calor era agobiante, y cenábamos en el jardín. (...) En cierto momento, uno de los banderilleros de Domingo Ortega se acercó a nuestra mesa y nos lanzó a quemarropa esta noticia:

-Manolete ha sido herido muy gravemente esta tarde.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Alguien de aquí, que lo ha oído en la radio.

En un principio, creyeron que las noticias exageraban la gravedad del herido, pero el anónimo informante estaba en lo cierto:

Repentinamente, las noticias se suceden, de minuto en minuto, más alarmantes. Domingo Ortega apenas las comentó, pero decidió apresurar nuestro viaje. (...) Escuchamos la radio a bordo del coche, y así tuvimos conocimiento del parte médico. La herida era seria, el estado de Manolete era grave. Supimos por el mismo conducto que el diestro había recibido la cornada fatal en el momento de matar. Domingo Ortega nos aportó pronto algunos esclarecimientos a este propósito: -Los toros de Miura siempre merecen su reputación de traidores. Con ellos, hay que disponer, en el momento de la estocada, de un dominio perfecto, pues nunca un Miura se declara vencido. Siempre espera su momento. Uno de ellos me atacó un día en el instante mismo en que el viento desvió mi muleta. Vio inmediatamente que yo estaba descubierta, y se aprovechó de ello para enviarme al aire, de una buena

cornada, esperando, incluso, que cayese para encarnizarse sobre mis despojos. Afortunadamente, había conservado la muleta en la mano. Así pude, una vez en tierra, servirme de ella para desviar a la bestia, que se lanzaba sobre mí. Escapé de esta aventura sin la menor herida, pues los cuernos del toro, cuando me levantó, no penetraron en mi carne.

Cuando circulaban por Despeñaperros, «en una curva cerrada, nos sorprenden los faros de un coche que se dirige hacia Madrid. Reconocemos el coche de Manolete; después, a su conductor, a quien hacemos señal de detenerse. Se trata del torero Gitanillo de Triana. (...) Nos da rápidamente las últimas noticias:

-Está mal, muy mal. Ha perdido mucha sangre. Se le han hecho en vano dos transfusiones. Corro a Madrid para traer al doctor Jiménez Guinea.

Continúan el viaje, y aunque intentan orientar la conversación hacia asuntos más tranquilos, no lo consiguen, y Ortega se extrañaba de la aparente ineficacia de las dos transfusiones sufridas por Manolete. Al fin, circulando a ciento diez por hora, velocidad para aquel entonces muy alta, llegan a Linares.

Los transeúntes nos indican el camino [del hospital], no sin aprovechar para comentarnos el acontecimiento del día:

-Se dice que va a morir. ¡Pobre Manolete, con todos sus millones!

Desde la entrada, la impresión de silencio nos sobrecoge (...) Seguimos interminables pasillos apenas iluminados. Subimos al primer piso. En el rellano, un grupo de hombres silenciosos –los banderilleros y picadores de la cuadrilla de Manolete.

-¿Cómo está?, pregunta Ortega.

-Mal, muy mal.

-¿Se le puede ver? ¿Dónde está la habitación?

-Ahí cerca. Allí encontrará a Camará. (...)

Le encontramos en la antecámara. De pie, los brazos cruzados sobre el pecho, mirando fijamente al suelo, tiene el aire ausente. A su lado, Álvaro Domecq (...) Camará abraza a Domingo Ortega, pero no mueve los labios. Es Álvaro Domecq quien habla. Nos dice que hay poca esperanza de salvar a Manolete. (...) Camará, siempre inmóvil, se obstina en mirar al suelo, como si buscara allí descifrar el porvenir. -¿Se le puede ver?, pregunta Domingo Ortega.

-Sí, entra. Puede ser que te reconozca, se decide a decir Camará.

La cama ocupa el centro de una vasta habitación. Una religiosa está sentada a la cabecera del herido. Al pie de la cama, el mozo de espaldas de Manolete y uno de los médicos del hospital. Manolete tiene los ojos cerrados, su palidez es extrema. Sus mejillas están hundidas, sus labios exangües.

-Manolo, he aquí a Domingo Ortega.

El herido abre los ojos. Musita con una voz muy dulce:

-Usted ve dónde estoy.

A las palabras de ánimo pronunciadas por su glorioso compañero, Manolete responde:

-Veremos. Pero estoy sin fuerza, ya no siento mis piernas.

Vuelve a cerrar los ojos. Abandonamos la habitación andando de puntillas. Tras abandonar la habitación, ¡nos retiramos por el pasillo. Después, Domingo Ortega me agarra del brazo, me lleva aparte y me desliza al oído:

-Te digo que está muerto. ¿No lo has visto? Está muerto.

Cañabate y Ortega pasean silenciosos por el pasillo. De vez en cuando, Ortega llegaba hasta la habitación de Manuel, la observaba durante unos segundos y reanudaba su va y viene.

Hacia las tres de la mañana, Manolete parecía reaccionar. Abrió los ojos, preguntó la hora. Un vago optimismo nos sumergió a todos, a excepción del doctor Tamames, de Camará y de Domingo Ortega.

Lo siguiente que narra Cañabate es la llegada de Lupe Sino. Su primera pregunta fue «¿vive?». Entre sollozos, y bañado el rostro de lágrimas, pidió que la condujesen a la habitación de Manuel:

-¿Dónde está? Quiero verle. Conducidme hacia él, os lo suplico. (...)

-¡Quiero verle! ¡Quiero verle en seguida!»

Pero como es sabido, Camará se negó y Lupe sólo pudo ver a Manuel después de muerto.

Desde nuestra llegada al hospital, no nos habíamos sentado un solo instante. No habíamos cesado de ir y venir como sonámbulos. La fatiga de Domingo Ortega nos preocupaba. A las cuatro de la mañana, acabamos de convencerle para irse a descansar. Pero antes de salir, entramos una vez más en la habitación de Manolete. Domingo Ortega posa dulcemente su mano en la frente de su infortunado compañero, pero Manolete no abrió los ojos.

-¿Cómo le has encontrado?, le pregunta Álvaro Domecq.

-Ninguna mejoría, ni siquiera la más pequeña.

En los pasillos, Domingo Ortega añadió, dirigiéndose a mí:

-No me voy, este hombre va a morir. Su frente ya tiene el frío de la muerte.

Finalmente, convencen a Ortega, que abandona el hospital de Linares, camino del parador de Úbeda, donde él y sus acompañantes habían reservado unas habitaciones. Allí encuentran a Luis Miguel Dominguín, que también actuaba en la corrida del día 29, y estaba hospedado en el citado parador. El diestro madrileño les cuenta los pormenores de la cogida, que atribuye a que Manuel, en el momento de la estocada, se metió en el terreno de su adversario y le cortó la retirada. Durante el relato de Luis Miguel, Domingo Ortega no dejaba de repetir: «-Os digo que va a morir. Está muerto. ¡Su frente estaba fría,

tan fría! Al fin, cada uno se dirigió a su habitación, para descansar un rato.» Pero, añade Cañabate,

cuando estaba desvestiéndome, el timbre del teléfono resonó. Me precipité, temblando, hacia el aparato. Era para decirnos que Manolete estaba agonizando. Luis Miguel se unió a nosotros. Corrimos al coche. En la noche, todavía negra, los olivos que encuadraban la carretera nos hacían el efecto de otros tantos fantasmas.

La pálida luz del alba se bosquejaba por oriente cuando llegamos a Linares. Una multitud enorme y silenciosa esperaba ante la puerta del hospital. Manolete exhaló el último suspiro hacia las cinco de la mañana.

El retrato que Cañabate hace de Camará, merece transcribirse íntegro:

Nunca he visto una pena más real, ni una pena soportada con más serenidad que la de Camará ese día. Completamente replegado sobre sí mismo, sus ojos fijos en el suelo, derecho el busto, inclinada la cabeza, cruzados los brazos, las piernas juntas; sin el menor desorden en su aseo, el rostro relajado. Su pena inmensa apenas era perceptible; todo su derrumbamiento, interior. Pero él permanecía en pie, sólido y derecho como un árbol.

Ante el hospital, la multitud no dejaba de aumentar, con una cadencia tan vertiginosa como la luz. Camará recibía las condolencias, siempre tan imperturbable.

El transporte a Córdoba de los restos de Manolete tuvo lugar a las diez de la mañana. Toda la población de Linares estaba reunida alrededor del hospital. El día era de una belleza resplandeciente, la luz intensa, el sol en todo su esplendor. Peso agobiante del verano en las tierras meridionales. Entre la multitud, las mujeres lloraban, muchos hombres también. Los restos del torero se abrieron paso a través de la multitud, avanzando en silencio, todo envuelto por el sol.

El resto del capítulo tiene interés desde la perspectiva de Cañabate y de Domingo Ortega.

Cuando los toreros que debían actuar ese día 29 en Linares estaban en el salón del Hotel Cervantes, llegó Pedro Balañá, que confirmó el rumor de que la corrida de ese día se había suspendido en señal de duelo por la muerte de Manuel.

La noticia fue acogida con una pasividad total. En ningún rostro pude ver ni la menor señal de un alivio ni de una decepción. Unos continuaban paseando, otros dormitaban en sus sillas. Hacia mediodía, Luis Miguel se despidió de nosotros. Se dirigía a Almería, donde debía torear el día siguiente. Domingo Ortega y él se abrazaron silenciosamente. Poco después, llamaron por teléfono a Ortega:

-Ve tú, me dice. Es seguramente un latoso. Puedes decirle que he salido.

Ahora bien, era el empresario de la plaza del Puerto de Santa María, que proponía a Domingo Ortega sustituir a Manolete en la corrida del domingo siguiente (estábamos en viernes). Esta oferta me estremeció. Balbuocé:

-Creo que ha salido.

-¿Hacia dónde?

-No sé exactamente. A Madrid, me parece.

-Muy bien. Entonces le llamaremos a Madrid.

-Espere un momento. Voy a asegurarme de si, efectivamente, ha salido.

Vacilé un instante ante el aparato. Estuve a punto de afirmar que Domingo Ortega rechazaba esta oferta. Pero reflexionando, no me sentí con el derecho de asumir esa responsabilidad. Le transmití, por consiguiente, la proposición. El interesado, sin un segundo de vacilación, sin tomarse tiempo para examinar su decisión, me respondió en el acto:

-Dile que lo he oído. Iré.

Y dirigiéndose a la gente de su séquito, añadió:

-Vámonos enseguida. Nos detendremos en marcha para dormir, en Sevilla o en Cádiz, pero salgamos de aquí cuanto antes.

Sabido es que Cañabate no fue un entusiasta seguidor de Manolete, al que sin embargo, siempre respetó, como tampoco lo había sido en su juventud de Joselito o de Belmonte, sino de Vicente Pastor. Pero uno de los momentos más emocionantes de su vida fue el minuto de silencio que en recuerdo de Manuel hubo el siguiente domingo, día 31 de agosto de 1947:

El domingo, en el Puerto de Santa María, las cuadrillas hicieron el paseíllo descubiertas, la montera en la mano. Se pararon bajo el palco de la presidencia. Todos los espectadores se levantaron. Un minuto de silencio en memoria de Manolete. Todo hombre ha conocido en su vida, sea de natural apacible o incluso un bandido, momentos de intensa emoción. Por mi parte, ninguno de estos momentos alcanzan la intensidad de ese minuto de silencio dedicado al recuerdo de Manolete, en la plaza del Puerto de Santa María, este domingo de agosto de 1947.

El clarín sonó, desgarrando el silencio como un estallido de risa en medio de una ceremonia fúnebre. Una inmensa ovación surgió, llenó el espacio. Nunca, después, he oído semejante ovación. Palmadas nerviosas, temblorosas, de una extraña resonancia.

Y a propósito de ese minuto de silencio, nótese cómo en aquel entonces aún no se había implantado la mala costumbre y peor educación de que las cuadrillas solo se desmonteren en aquellos festejos en que se guarda un minuto de silencio (que en Madrid suelen ser poco más de veinte segundos), cuando acaba el paseíllo y se sitúan bajo el palco presidencial. Todavía en nuestra juventud, no tan lejana, las cua-

drillas tenían el buen detalle de hacer el paseíllo descubiertas y con la montera en la mano.

II PARTE: LA VOCACIÓN

A pesar de su múltiple ascendencia torera, que Cañabate detalla minuciosamente,

Manolete pasó su infancia y su adolescencia al abrigo de todo lo que tocaba a la tauromaquia. Su madre le había tenido cuidadosamente alejado de todo lo que podía, incluso de lejos, constituir una alusión a esta pasión, entre todas funesta, a sus ojos. Ella temía por encima de todo que su hijo se aficionase a los toros y pensase en llegar a ser torero. En la escuela, rehuía incluso jugar al toro con sus compañeros. Un día en que estos le apremiaban a ello, les respondió:

-¡Pero yo no sé!

-¿Cómo, tú no sabes? Mi padre dice que no comprende por qué pierdes el tiempo en la escuela. Él pretende, puesto que tu abuelo, tu padre y tus tíos han sido toreros, que deberías seguir su rastro.

Vuelto a casa, Manolete contó el incidente a su madre.

-Precisamente, dice ésta, porque todos los tuyos han sido toreros, tú no lo serás. ¿No es esto, mi pequeño? No me darás esa pena, la más grande que yo pueda conocer. No, aprenderás un oficio, o encontrarás un empleo en un almacén o en una oficina. ¡Todo antes que ser torero! Ni por todo el oro del mundo lo querría yo. Bastante he sufrido por causa de los toros. En esa profesión, algunos ganan dinero, y éstos son los que fascinan a los jóvenes. Ellos prefieren darse a las quimeras antes que trabajar, y eso termina generalmente muy mal para ellos.

Sin embargo, aunque la madre saboreaba la suerte de tener un hijo tan dócil y tan negado de afición por los toros, sucedió lo inevitable, y

Manolo se aficionó. Así, un día de toros, durante la feria de Córdoba, en mayo, fue con sus amigos a las inmediaciones del hotel para ver la salida de los toreros, camino de la plaza, muy cercana:

Allí había una multitud para verlos, y se luchaba por los mejores lugares. A codazos, Manolete y sus amigos consiguieron colarse en la primera fila de los mirones. Pronto apareció un torero.

-¡Belmonte, Belmonte!, exclamaron muchas voces.

-¡Belmonte, Belmonte!, repitió la multitud en eco.

-Belmonte, el mejor de todos los toreros, afirmó alguno.

-¡Cállese, replicó otro. Belmonte es de Sevilla, y los mejores toreros han nacido aquí, en Córdoba! ¿Belmonte puede compararse con Lagartijo, Guerrita y Manolete?

En oyendo pronunciar el nombre de su padre, el muchacho sintió una viva emoción. Su corazón latió muy fuerte. Miró con ansia al torero que se marchaba con lentitud y gravedad hacia la plaza, cercana, rodeado por una multitud que le seguía de muy cerca.

Cuando Manuel llegó a su casa, surgió el inevitable incidente con su madre:

-Júrame al instante, dijo la madre, que nunca serás torero. ¡Yo, que estaba tan satisfecha de tu conducta, que esperaba hacer de ti un hombre útil a sus semejantes! Acabas de aprobar el examen de acceso al bachillerato. Estoy tan contenta de que hayas hecho eso por mí, pues sé que no te gusta mucho el estudio. ¿Pero, por qué me has engañado? ¡Yo, tener un hijo torero!

Y su rostro se inundó de lágrimas.

Manuel tuvo el valor de afirmar que no quería estudiar, que su padre había sido torero y que los cordobeses eran los mejores toreros del mundo.

Su madre, que hasta aquí había sido suplicante, se volvió colérica:

-No, tú no serás torero, ¿lo oyes? En lo sucesivo, no me abandonarás ni un instante. Y si no quieres proseguir tus estudios, pues bien, ¡peor! ¡No tenemos gran cosa, pero puedo trabajar, lucharé, haré no importa qué para que no seas torero!

Doña Angustias, a pesar de sus esfuerzos, dice Cañabate,

no podía imponerse «contra el peso de tres generaciones de toreros que hablaban en la sangre de Manolete. (...) Comprendiendo la inutilidad de sus argumentos, acabó por resignarse a lo inevitable. No obstante, se abstuvo rigurosamente de ayudar a su hijo en cualquier cosa. Incluso le prohibió hablar delante de ella de su afición, lo que no le impidió constatar que ésta iba en aumento.

Manuel juega al toro con sus compañeros, actividad ya desaparecida de nuestras calles, pero que entonces, y hasta muchos años después, aún podía verse. Cada uno de los jóvenes que jugaban, hacían, en su turno, de toro. Sin embargo, Manuel sólo quería torear, y surgió el conflicto:

Un día, dominando por vez primera su timidez, se sublevó y manifestó que se negaba en lo sucesivo a asumir en su turno el papel de toro. Sólo quería ser torero, y nada más.

-Y nosotros qué somos, le replicaron sus compañeros.

-Vosotros sois mis banderilleros.

Se le respondió a esta insolencia con un insulto, pero el insulto fue castigado con algunos puñetazos, que consiguieron imponer definitivamente el punto de vista de Manolete. Nunca más tuvo que desempeñar el papel de toro.

Cañabate narra, a continuación, los inicios de la carrera taurina de Manuel: las primeras tientas, los primeros festejos, los problemas de

todo inicio. Pero siendo todo esto muy bien conocido por hallarse en todas o casi todas las biografías dedicadas a Manuel, no es necesario que nos extendamos en tales pormenores.

Sí es importante, en cambio, que destaquemos la brillante descripción que Cañabate hace de la personalidad y del toreo de Manuel:

Los principales rasgos de su carácter fueron siempre la timidez y el amor propio. Su increíble timidez le impedía, niño, coger en la taquilla una entrada de cine. Esta timidez, y el hecho de que estaba colmado de cuidados maternos, le habían tenido hasta aquí aislado de toda ambición. Ni la popularidad ni la fortuna llegaron nunca a vencer en él esta inhibición.

Manolete tenía siempre en su comportamiento la mesura y la gravedad de un patricio de la belle époque. Sus gestos estaban naturalmente impregnados de nobleza, lo que favoreció su toreo, dando a Manolete lo que le era propio. Los que, fundándose en la apariencia física de Manolete, auguraron su fracaso, cometieron un grave error. Pues es precisamente a su rostro alargado, a su máscara trágica, a sus movimientos marcados de una cierta languidez, a lo que Manolete debió una buena parte de sus asombrosos éxitos.

El arte de Manolete era a la vez sobrio y monótono. Lo que sorprendía cuando se le veía torear era la personalidad que emanaba de él, una personalidad extraordinariamente atractiva y que constituye el secreto de su arte. Manolete tenía una prestancia que confinaba con la arrogancia, una elegancia que subyugaba, y esto no sólo frente al toro, sino desde que iba a la plaza. Verle dar la vuelta al ruedo, después de una buena faena, para agradecer al público sus aclamaciones, constituía por sí solo un espectáculo. Pero Manolete tenía otras cualidades, en un grado verdaderamente ejemplar: el sentimiento del honor, la consciencia de su responsabilidad, un valor lúcido. Hombre de naturaleza melancólica, era visible que su tristeza se reflejaba en su

arte. Pero era una tristeza de artista, teñida de languidez, el género de tristeza capaz de dar a su toreo un relieve extraordinario.

Tales elogios son tanto más importantes cuanto Cañabate nunca fue un entusiasta seguidor de Manolete.

III PARTE: MANUEL Y ANTOÑITA

La última parte del capítulo está dedicada a Lupe Sino. Siendo tantas las versiones que hay sobre cómo y cuándo se conocieron Manuel y Antoñita, no nos atrevemos a decir una sola palabra sobre la veracidad del relato de Cañabate. Tan sólo que, «se non é vero, é ben trovato.» La versión de Cañabate es de las más antiguas, pues se publicó sólo ocho años después de la muerte de Manuel, y su autor, aunque hombre de gran fantasía, era una persona seria y honrada. Por otra parte, que haya tantas versiones sobre esos amores, es señal inequívoca de que nos encontramos frente a un tema y a unos personajes que aún hoy siguen interesando a los aficionados a los toros y aun a los no aficionados. Si a nadie interesaran, sólo habría una versión de los mismos, o incluso ninguna.

Yo no puedo decir que me contase entre sus íntimos. No nos hemos encontrado juntos apenas más que cinco o seis veces. Y añadido que no era fácil conversar con él, pues estaba asediado por todas partes, y cada uno intentando acapararle. Fui, sin embargo, testigo directo de un episodio de su vida que influyó grandemente en su destino, en un sentido poco favorable, me apresuro a precisar. Yo pertenecía a un grupo en que se tenía la costumbre de reunirnos una vez al mes, en el curso de una comida que ofrecíamos cada uno por turno, entendiendo que el anfitrión designado podía invitar a personas extrañas al grupo. Así, Manolete fue un día uno de nuestros invitados. El azar quiso que yo fuese su compañero de mesa. Otro azar: enfrente de

nosotros había tres mujeres jóvenes, una de ellas francamente guapa, desbordante de seducción, alegre, risueña, repleta de abandono en sus propósitos, yendo alegremente hasta el descaro. Como se comprende, eligió inmediatamente a Manolete como objetivo. Éste daba vagas respuestas, recurriendo con preferencia a monosílabos. Ante tan mezquino resultado, la jovencita se cansó y dejó de hablar. Manolete aprovechó esta tregua y me dijo al oído:

-¿Quién es?

-Lo ignoro. Pero es verdaderamente bonita. ¿No?

-¿Cómo bonita? Es la mujer más guapa del mundo.

-¿Del mundo...? ¿Cómo ha dado usted en ello?

-Perfectamente, y soy yo quien os lo dice.

Conversábamos en voz baja, con aire algo misterioso. La muchacha se apercibió e intervino en seguida:

-¿Qué tenéis que cuchichear los dos? Eso no se hace, debéis hablar en voz alta. Si no, creeré que estáis hablando mal de mí.

Manolete se atrevió:

-Hablamos de usted, eso es verdad, pero no para decir mal, sino lo contrario.

-En primer lugar, ¿por qué me hablas de usted? ¡No soy una vieja, que yo sepa! ¡Vamos allá, decidme alguna galantería! Me gusta que me piropeen.

Manolete no supo qué responder. Ella volvió a la carga.

-¿Te has vuelto mudo de repente?

-He dicho que eres muy guapa.

-¿Eso es todo?

-¿Crees que es poco?

-Muy poco. Me lo han dicho tan a menudo...

-Lo creo. Pero a una mujer que es verdaderamente guapa, no se le puede decir eso con la boca llena. ¡Guapa, guapa!

-Eso está algo mejor. ¡Sigue por ahí!

Manolete enmudeció de nuevo.

-¡Qué desilusión!, exclamó ella. Tan buen torero, y tan insípido...

No había terminado de decir esa palabra sin que diese un grito y sin que un súbito dolor se reflejase en su rostro.

-¿Qué sucede?, preguntó Manolete.

-Nada, que no eres solamente un ser insípido, sino además un grosero. Algunos minutos más tarde comprendí lo que había pasado. Manolete había avanzado el pie, quizás inconscientemente, hasta tocar la pierna de la muchacha (sin duda para incitarla a callarse). Pero tan torpemente, que en el curso de esta maniobra le desgarró una preciosa media. En el momento de la despedida general, sorprendí el final de una conversación. La muchacha decía a su galán:

-No olvides que te espero mañana, y sobre todo no olvides llevarme la docena de medias que me has prometido.

Esta es la misma mujer que vimos llegar entre lágrimas al hospital de Linares la noche en que agonizaba Manolete. Ella fue su único amor, quizás incluso su única aventura. Manolete, hombre triste, muerto en la treintena, para el que la vida puede resumirse así: veinte años de sueño sin nada, ocho años de sueño encarnado.

BIBLIOGRAFÍA

- COSSÍO PÉREZ DE MENDOZA, Ignacio de: *El maestro Cañabate. De los toros y de la vida*. Madrid: Ediciones Tutor, 2004.
- DÍAZ-CAÑABATE, Antonio: *Le monde magique des toreros. De Juan Belmonte a Miguel Dominguín*. París: Flammarion, 1955.
- ESTEBAN, Carmen: *Lupe, el sino de Manolete*. Madrid, Espasa-Calpe, 2007.
- GIL GONZÁLEZ, Juan: *La crítica periodística de Antonio Díaz-Cañabate. Desde la crónica impresionista hasta su consolidación como fenómeno mediático*. Sevilla: s.n., 2006. (Es la Tesis Doctoral del autor)
- K.HITO: *Manolete ya se ha muerto, Muerto está, que yo lo vi*. Madrid: Anaquel de Dígame, 1947.
- MIRA, Filiberto: *Vida y tragedia de Manolete*. Valencia: Semanario Aplausos, 1984.
- NARBONA, Francisco: *Manolete. 50 años de alternativa*. Documentación: José María Sotomayor. Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
- URRUTIA, Julio de: *Los toros en la guerra española*. Madrid: Editora Nacional, 1974.
- VILLA, Antonio de la: *Manolete. Otra época del toreo*. México: Editorial Leyenda, 1946.

De todos estos libros, el más completo, por su amplísima documentación, recopilada por José María Sotomayor, es el de Francisco Narbona, y el que ofrece el mejor resumen y la visión más moderna sobre Manolete y el toreo de su época es el de don Julio de Urrutia, testigo privilegiado de aquel tiempo, y que también es el más crítico, pero muy bien documentado, sobre la tauromaquia de la guerra y la posguerra españolas.

En cuanto a documentales e imágenes de archivo sobre Manolete, el mejor, con mucho, es el dirigido por Fernando Fernández Román,

que emitió TVE en 1997, el día en que se cumplieron 50 años de la muerte del califa cordobés. Desdichadamente, no existe una edición comercial del mismo.

Sobre las relaciones de Manolete con Lupe Sino, es esencial el de Carmen Esteban.